

# El proceso de feminización en la enseñanza

**Título:** El proceso de feminización en la enseñanza. María Carbonell Sánchez una mujer en el marco regeneracionista de la educación y la cuestión social. **Target:** Docentes universitario y público en general. **Asignatura:** Historia contemporánea de España. **Autor:** María Soledad Sánchez Vidal, Maestra. Licenciada en Geografía e Historia y Doctorada por la UNED, Maestra de Primaria. Especialidad Música.

La única misión atribuida a las mujeres desde los orígenes de los tiempos fue la de la maternidad, labor que llevaba implícita la de ser esposa y ama del hogar. Alrededor de estas tareas se articularán siempre sus deberes y obligaciones, sin cuestionar jamás su valía, sus capacidades o inquietudes. Casarse, criar, regentar el hogar eran consideradas tareas únicas y exclusivamente femeninas. Pero a las actividades de atender a los hijos, se unía indiscutiblemente la de enseñarles. Concepción Arenal, una de nuestras *feministas* decimonónicas más sobresalientes, supo ya establecer la diferencia entre *instrucción* y *educación* defendiendo el hecho de que una mujer debía recibir ambas cosas si lo que pretendía era llegar a convertirse en una *perfecta madre, esposa y ama de casa*.

Si de algo tenemos que estar seguros es de la importancia significativa del progreso que fue alcanzando *la mujer* dentro del proceso educativo y cultural español desde mediados del siglo XIX hasta el primer cuarto del siglo XX. Por mis años como alumna investigadora en la Universidad Nacional a Distancia, he podido constatar la importancia que tuvo la mujer para la Institución Libre de Enseñanza no sólo por su anhelo y preocupación de que ésta recibiera una educación en igualdad de condiciones que el hombre, sino también en el papel que como *formadora y docente* mantendría, la misma, dentro de dicha Institución. El eje primordial que ha guiado siempre mi tarea investigadora ha sido *la educación y cultura de la mujer* pero también *la tarea docente* como una de las primeras profesiones ejercidas por el sexo femenino en su ascenso a la escala social.

Hoy podemos decir que la tarea docente está en manos de un elevado porcentaje de mujeres que ha optado por este trabajo como medio de ganarse la vida, pero su acceso al sistema educativo ha sido un proceso lento que permitió primero la llegada de éstas a los niveles primarios de enseñanza y, de forma paulatina, ha ido permitiendo a lo largo de las últimas décadas que su presencia se ponga de manifiesto en otros niveles superiores de la cultura. Muchas personas relacionan el concepto de enseñante con el de mujer maestra, sin pararse a pensar que, hoy en día, son muchos y diferentes los niveles en los que la mujer puede adentrarse en el campo de la docencia y formación y, por tanto, distintas las actividades en que puede materializarse su labor educadora.

No debemos seguir ignorando que muchas mujeres cuya fama ha llegado hasta nuestros días u otras que siguen todavía permaneciendo en el anonimato, tuvieron relación directa o indirecta con el contexto educativo. Su espíritu luchador no pudo por menos que relacionarse con el mundo de la educación femenina. Me tomo la libertad de citar entre otras mujeres de renombre a María Carbonell Sánchez (1852-1926), pedagoga valenciana, pues he tenido el enorme privilegio de investigar y seguir un poco más de cerca su trayectoria profesional.

María Carbonell como otras mujeres de la pequeña burguesía social de su tiempo marchó a Madrid en 1890 para estudiar el curso Normal de Maestra concluyéndolo con la calificación de Sobresaliente. Formaría parte de esa primera generación de mujeres universitarias que mediante el estudio y el acceso a otros estratos más altos de la cultura, supieron proyectar un *feminismo* enérgico en pro de la formación y educación de la mujer en un contexto donde la mujer ilustrada o aquella otra que deseaba adquirir conocimientos, despertaba recelos y hostilidad por parte de algunos sectores de la sociedad que persistían en fundamentar que la mujer no debía saber mucho ya que era inferior al hombre y su deber era estar en casa supeditada a los dictámenes

del esposo si lo tenía; si no lo tenía, más tarde o más temprano, se vería abocada inexorablemente a vivir de la limosna de familiares o personas ajenas, entrando a formar parte de los grupos marginados de la sociedad por no haber podido lograr una independencia económica.

Como mujer consagrada al estudio y a la enseñanza, María Carbonell realizó una copiosa y selecta labor pedagógica y literaria. Para divulgar sus ideas educativas no tuvo inconveniente de echar mano del discurso, la conferencia, el artículo, la memoria y el libro. Colaboraría en importantes periódicos y revistas como *"El Mercantil Valenciano"*, *"El Correo"*, *"Las Provincias"*, *"La Voz"* y *"La Escuela Moderna"*. Por otro lado, dentro de su faceta literaria la pedagoga valenciana cultivó también todos los géneros, pero el alejamiento de los grandes diarios y revistas madrileñas, accesibles sólo a los que rondaban casi siempre en torno a sus redacciones, contribuyó a que su labor literaria no fuese alentada por el gran público como hubiese sido deseable. Algunos trabajos suyos se tradujeron a idiomas extranjeros como por ejemplo *"En la playa"*, *"Mayo, Valencia y la primavera"*, *"Desde Miramar y la Villa de Agres"*, *"Impresiones de un viaje y la Alhambra"*, *"El cristal con que se mira"*, *"La nieta del sabio"*. En todos ellos se refleja un estilo de una sensibilidad exquisita ya que escribe con igual delicadeza y ternura que siente, aunque también es enérgica en sus impresiones encauzando sus ideas y sentimientos. La obra que desvela mejor sus condiciones de literata es sin duda alguna *"Coqueterías"*, llamándola la propia autora *"Sencillo episodio de la vida íntima"*. En el prólogo que María Carbonell hace de su propia obra manifiesta: *"...está destinada a probar que la felicidad doméstica se conserva o se adquiere, una vez perdida, apartando a la mujer de insulsas frivolidades, instruyéndola en sus deberes y haciéndole entender la importancia de su humilde misión..."*

Si nos adentramos en su peculiar personalidad sólo cabe decir por nuestra parte que sentía una particular vocación por su profesión de maestra y cuando se dirigía a sus queridos condiscípulos, contertulios, discípulas y futuras maestras lo hacía siempre para estimularlos y alentarlos: *"El polo orientador de la enseñanza es el aprendizaje de la vida porque sólo quien aprendió a ver y a sentir su riqueza y valor puede llamarse verdaderamente culto..."*. En sus discursos, conferencias, artículos, cuentos y novelas sólo existirá una idea capital: *la de enseñar pero sabiendo aunar a la enseñanza el deleite.*

Esta insigne pedagoga, mujer inteligente y culta, supo establecer un buen equilibrio entre el aspecto intelectual y afectivo. Con sus acertadas observaciones pudo imbuirse en el mundo que le rodeaba para dar razones lógicas y razonables a todos los problemas relacionados con la formación y educación de la infancia y de la mujer, no huyendo jamás de la realidad sino empapándose hasta de la más ruda realidad. María Carbonell no pretendía sólo instruir o que sus educandas atesorasen ricos caudales de conocimiento, sino ante todo quería hacer de sus discípulas, buenas maestras. Sólo podía conseguir este propósito conociendo la aptitud constitucional de la alumna, actuando sobre ella con un interés muy vivo, moldeándola y adaptándola según su peculiar idiosincrasia a la finalidad prevista. Su trato prolongado con las niñas de Cheste –su primer destino al aprobar las oposiciones a Maestra de Primera Enseñanza– y también aquel otro con las de su escuela en Valencia; la valoración de los éxitos y decepciones propios del trabajo diario además de sus visiones particulares sobre los recursos educativos y los secretos de la psiquis infantil fueron constituyendo, poco a poco, la base espléndida de su praxis metodológica a la que también supo aplicar los principios educativos de la *Institución Libre de Enseñanza* y aquéllos otros de la *pedagogía social* de la Iglesia que adquirió a través de la obra del Padre Manjón al haber entrado en contacto con *"las escuelas del Ave María"* por su breve estancia en Granada, permitiéndole desempeñar admirablemente la Cátedra de Pedagogía. Sus más allegados y conocidos llegarán a decir de ella que fue siempre una maestra tenaz, paciente, de laboriosidad sincera, preocupada del positivo mejoramiento intelectual y moral de sus alumnas.

La fe incondicional que María Carbonell otorgaría a la educación a la que impregnó de un optimismo positivo como único medio para solucionar los problemas sociales de su tiempo, la convierten en uno de los principales acicates del *regeneracionismo educativo*. La educación intelectual para María Carbonell tenía que tener una

base moral y debía estar sustentada por aspectos morales como la idea del bien y la honradez que al interaccionar sobre la voluntad y el carácter humanos mediante el hábito, la obediencia, la conciencia y el sentido moral podían reportar a la conducta humana encomiables valores como la bondad, prudencia, justicia, tolerancia, cortesía y laboriosidad entre otros.

La igualdad que reclamaba para la mujer respecto al hombre no se decantaba por la "identidad" de ambos sexos. La naturaleza, personalidad y misión de la mujer no eran iguales a las del hombre. Esta idea se enlazaría con su crítica sobre lo que ella consideraba *feminismo grotesco* representado por "*Las señoritas toreras*", título de un artículo suyo. Tampoco el papel exacerbado que para ella representaba el hecho de que una mujer tomara parte en una manifestación política estaba dentro del acervo femenino ni era de su agrado, pues pensaba que ese tipo de actuaciones conducían a alterar el ánimo y las buenas costumbres de una mujer. El ideal armónico proyectado en el pensamiento de María Carbonell, piedra angular de la filosofía krausista, ponía su principal objetivo sobre todo en la educación de la mujer como paso previo para la transformación de la sociedad y su conversión en una comunidad más justa y educativa.

La profesión de maestra -en tiempos de María Carbonell- se fue convirtiendo en una de las primeras profesiones que permitirían a la mujer ascender en la escala social; por una parte, al adquirir una cultura que le alejaba del gran porcentaje de analfabetismo y, por otra, al permitirle adquirir una independencia económica, labrada por una profesión que era considerada digna y respetable para todo el conjunto social y apropiada, además, a su condición y sexo.

El hecho de que las Escuelas Normales de Maestras -en sus orígenes- fueran también centros exclusivamente femeninos, determinaría que su profesorado también lo fuera. De esta manera fueron surgiendo las primeras Profesoras Normalistas, mujeres muy bien preparadas, profesional e intelectualmente, que ejercerían en escuelas femeninas; su entrada en las escuelas de sexo masculino ni se habría aceptado ni hubiese estado bien visto. Se instaurarían así dos profesiones docentes; una por necesidad de la otra: *profesora normalista* y *maestra de primera enseñanza*.

El Profesorado de las Escuelas Normales iba aumentando a medida que también el alumnado femenino crecía. De esta manera se fue generando un proceso que podría definirse como "*feminización de la docencia*", pues a medida que avanzaba el tiempo se abrían mayores horizontes para el colectivo femenino. Se empezaron a configurar nuevos espacios que estando relacionados con la docencia pasaron a ser exclusivos sólo de la mujer. Si en muchas provincias españolas, las Normales de Maestros habían precedido a las Normales de Maestras, una vez creadas éstas, el número de alumnas que asistía a ellas era cada vez mayor. La primera Escuela Normal de Maestras que se creó en España fue la de Pamplona, inaugurada el 31 de octubre de 1847. La de Valencia, por ejemplo, se creó por R. O. de 24 de septiembre de 1864 pero no se inauguraría hasta el 5 de octubre de 1867 por la demora con que se llevaron a cabo las concreciones gubernamentales. En Madrid, la Escuela Normal de Maestras no se creó hasta 1858, muy posterior en el tiempo a otras Escuelas Normales españolas que ya se habían creado, pero desde el principio, su Directora, Ramona Aparicio, logrará convertirla en un importante foco de cultura para la mujer al cual acudían mujeres de diferentes puntos de España. La importancia que iría adquiriendo esta Escuela se debía a varias razones: primero, porque estaba ubicada en Madrid de donde partían la mayoría de las innovaciones educativas; segundo, porque gozaba de mayor presupuesto que otras escuelas y tercero, porque allí empezaban a salir mujeres tituladas que ocuparían después puestos de Profesoras Normalistas en las demás escuelas del territorio español.

Las Escuelas Normales de Maestras se fueron convirtiendo, poco a poco, no sólo en centros de formación de maestras sino que para muchas personas de la época estos centros se consideraron como verdaderos centros de cultura femenina. A estos centros acudían muchachas jóvenes para adquirir una formación cultural que en otros sitios no les era posible conseguir. No había centros destinados para la educación de la mujer y los pocos

que había pertenecían a la iniciativa privada. Los estudios de Magisterio eran considerados como propios para la mujer y como el medio idóneo para poder acceder a otros niveles superiores de formación, ampliando aquellos conocimientos que se habían adquirido previamente en la escuela primaria. Posibilitaban, por ende, ejercer una profesión remunerada aceptada tanto por el contexto familiar como por el social y la oportunidad para poder acceder a determinadas oposiciones en el ámbito de la Administración.

El Real Decreto de 17 de agosto de 1901 disponía que los estudios elementales y superiores de Magisterio se incorporaran a los Institutos de Segunda Enseñanza. Se regulaba también en qué Institutos debería haber una Escuela Elemental de Maestras que tendría el mismo plan de estudios que cualquier otra de maestros además de la asignatura de práctica de Labores; para cursarlos se requería tener quince años cumplidos y superar un examen de ingreso. En las capitales de distrito universitario se preveía la existencia de una Escuela Superior de Maestras. Pero qué poco duraría esta reorganización porque de nuevo en 1903 asistimos a un nuevo cambio por parte del ministro, Gabino Bugallal Araújo. Un Real Decreto de 24 de septiembre de ese año reconocía, de nuevo, la existencia de las Escuelas Normales. Se devolvía a éstas la enseñanza de los estudios elementales. Solamente la enseñanza de estos estudios continuaría unida a los Institutos en aquellas provincias donde no existiera Escuela Normal Superior pero las Escuelas Normales de Maestras conservarían su unidad orgánica con independencia de los Institutos

No era de extrañar que se hubiese producido un cambio de parecer desde la cartera ministerial porque los Institutos y las Escuelas Normales tenían finalidades educativas distintas. Mientras que el alumno/a que asistía al Instituto necesitaba esa *cultura general* que le permitiría acceder después a ulteriores estudios superiores, al Maestro/a le hacía falta una *cultura pedagógica* que le dispusiera en condiciones óptimas de poder transmitir lo que aprendía, acomodándole a las necesidades y exigencias especiales de la psicología infantil. En el Instituto se pretendía potenciar el saber para la propia persona mientras que en la Escuela Normal se formaba al Maestro/a para que su saber pudiera transmitirse después a toda la colectividad.

María Carbonell, Profesora de la Escuela Normal de Maestras de Valencia ya había solicitado en la Asamblea Pedagógica regional, celebrada en Valencia (1902), la reintegración de las Escuelas Normales en su unidad orgánica para que de esta forma pudieran convertirse en auténticos centros de cultura para la mujer. Ratificaría con vehemencia que el Profesorado de las mismas debía ser completamente femenino dado que *las funciones de educadora eran inherentes a la mujer, por vocación y hasta por instinto*. Por otra parte no había razón alguna para que los hombres que habían tenido y seguían teniendo campo abierto en el acceso a toda clase de carreras, invadieran sin rémora el terreno profesional de la enseñanza que habían acaparado ya durante largo tiempo.

La creación de Escuelas Normales femeninas desde la segunda mitad del siglo XIX había sido una constante como así lo confirman los datos obtenidos de los diferentes anuarios estadísticos de España. En 1930 todas las provincias españolas tenían ya su Escuela Normal femenina. También la cantidad de alumnado femenino se fue incrementando con los años, llegando a constituir el Magisterio la carrera de mayor aceptación entre las mujeres, superando en número al alumnado que hizo lo propio en las Escuelas Normales masculinas

Las razones que determinaban que la mujer se declinase por el campo de la enseñanza no se desligaban, en modo alguno, de los cometidos esenciales de la docencia pero éstos eran muy similares a los que llevaba implícito el ser madre. La infancia pertenecía tanto a la madre como a la maestra y de la formación de ambas iba a depender el porvenir de los hombres y mujeres del mañana. El círculo de la vida del hombre se desarrollaba siempre bajo la influencia bienhechora de la mujer. De niño, el hombre recibía de la mujer sus primeras ideas; de joven, sus más dulces y tiernos sentimientos y de viejo, los cuidados y atenciones más delicados. Las Escuelas Normales femeninas tenían como objetivo primordial formar a futuras maestras, pero toda esa parte de la Pedagogía que se ocupaba del despertar de la niñez desde sus primeras sensaciones hasta

la configuración de su inteligencia, del cuidado de la misma, de la dirección inicial de los sentimientos, de esas pequeñas cosas trascendentales que determinarían en el futuro un carácter u otro en el individuo, se desarrollaban antes en el hogar familiar que en la escuela y eran de dominio exclusivo de la mujer. La acción, por tanto, de la maestra no excluía a la de madre y aunque era muy conveniente tener buenas escuelas era aún más urgente tener buenas madres. La *obra social* de mejoramiento que se necesitaba para la sociedad debía empezar antes en la familia para continuar después en la escuela y qué mejor que tener mujeres en las Escuelas Normales para formar a otras tantas a fin de que en su día fuesen excelentes madres. Bastaba sólo con que una generación entera creciera al lado de mujeres que supieran educar, no sólo enseñando, sino inspirando, motivando, incentivando para que España pudiera salvarse del marasmo educacional y cultural en el que vivía.

No nos deben extrañar estos supuestos pues estamos sumergidos en una época en la que España empieza a despertar después de los avatares del 98. Lo hace particularmente en el corazón y en la pluma de quienes pueden advertir la más pura realidad porque su especial formación, su espíritu crítico y el sentimiento de responsabilidad –como parte de ella– les hace despertar conciencias. María Carbonell Sánchez como tantas otras personas convencidas de que la nación tenía que ser "*regenerada*" ofrecieron a la nación con carácter de neutralidad, un programa de soluciones envueltas en lenguaje pragmático y cientificista; soluciones que iban encaminadas a problemas concretos, casi todos ellos de carácter económico y educativo

La labor docente de María Carbonell como Profesora Numeraria en la Escuela de Segunda Enseñanza de La Institución para la Enseñanza de la Mujer y como Profesora Normalista en la Escuela Normal de Valencia se materializó en distintas actividades en las que ejercería no sólo como maestra y profesora, sino como publicista, propagandista, feminista y literata. La *instrucción educativa* se convertiría para María Carbonell en un poderoso instrumento que pretendía conseguir dos fines opuestos: *integrar y emancipar*. La emancipación para esta dama ilustrada debía ser, por un lado, intelectual, arrancando a la mujer de las garras de la ignorancia pero, por otro lado, debía ser también social, pues la mujer con una educación apropiada podía aspirar a un trabajo digno que podía posibilitarle una honrosa independencia lejos de la mentalidad absurda de prepararla únicamente para una cosa tan incierta y eventual como podía ser el matrimonio o para lo que ella misma denominaba *bellas inutilidades*; la mujer servía para algo más que para manejar la aguja y el dedal.

María Carbonell comenzaría su tarea como publicista en la revista pedagógica "*La Escuela Moderna*" justamente después de conseguir el Título Normal de Maestra, aunque en Valencia, capital, se la conocía ya en los círculos más prestigiosos de cultura por su preocupación por la mejora de la enseñanza y la dignidad del cuerpo docente. En sus innumerables discursos y conferencias María Carbonell va ensalzando el papel de la mujer dentro de la sociedad y su derecho a recibir una educación equiparable a la que hasta entonces se le había estado otorgando al hombre. La mujer tenía igualmente derecho a recibir conocimientos tanto de cultura como de educación en aras no sólo del perfeccionamiento personal sino también social. Bajo esa perspectiva, el carácter pequeño-burgués del pensamiento de María Carbonell tenía un aspecto fundamental y decisivo: el optimismo o convencimiento ferviente de que la *cuestión social* de la mujer o las contradicciones sociales que hacían que en la coyuntura social y cultural del momento ésta se hallara supeditada al hombre y no gozara del mismo estatus jurídico, sólo podían resolverse a partir de la educación y de la potenciación de la misma. La *cuestión social* será por consiguiente una cuestión de cultura adquirida a partir de la cual podía establecerse la armonía social, mito institucionista pequeño-burgués incuestionable.

Ese feminismo enérgico, a la vez delicado y tierno, que caracterizaba por doquier a María Carbonell hundía sus raíces en el pensamiento krausista al pretender potenciar la formación cultural y humana de la mujer con una sólida instrucción y una buena educación en pro de un progreso común para toda la sociedad. La mujer sólidamente formada no sólo tenía como cometidos plausibles el poder ser *madre y esposa* sino también el poder ser *formadora y maestra* sin olvidar, no obstante, el posible acceso a otras profesiones

diferentes a las del Magisterio siempre que éstas estuviesen de acuerdo con la forma de sentir y ser de la mujer. El intelectualismo de esta mujer incansable tenía como base explícita una cultura moral que incidía directamente en el establecimiento de los derechos de igualdad entre el hombre y la mujer siempre que esta última como persona de derecho pudiera acceder al mundo de la cultura y con ello a la aspiración del ideal de *perfección y progreso*.

Ya comentábamos con anterioridad que después de las Escuelas Primarias no había en España, como ya ocurría en otras naciones de Europa, centros de instrucción y educación para la mujer. Solamente las Escuelas Normales suplían tal deficiencia. Sin embargo, al aumentar en los programas de estudio de las Normales las materias de aprendizaje y el tiempo para la obtención del título fijando en quince años la edad de ingreso, se encontraban éstas en un estado deplorable. Las Escuelas Normales femeninas necesitaban de elementos que implicaran animación y vida nueva. María Carbonell consciente de ello propondría sin menoscabo alguno la necesidad de establecer cursos de Pedagogía Maternal, de Cultura General y de Economía Doméstica o ciencia del menaje para aquellas jóvenes que sin querer ser maestras desearan completar y ampliar su instrucción elemental, adquiriendo conocimientos apropiados a la especial vocación y destino de la mujer. Los cursos de Pedagogía Maternal podían abarcar desde cuidados físicos que necesitara el niño a lo largo de toda su infancia hasta conocimientos generales de Higiene y Fisiología: higiene especial de la primera edad; reglamentación de los juegos como expresión de la gimnasia natural, psicología infantil relacionada con el despertar de la inteligencia y del corazón; leyes y reglas de educación progresiva basada en la Antropología. Podemos decir, en suma, que se trataba del mismo programa que necesitaban las maestras excluyendo la parte de organización escolar y metodología especial. Igualmente las clases de Gramática, Aritmética, Geografía, Historia y Ciencias Naturales que servirían para instruir a las futuras maestras podían servir también para completar la instrucción elemental y cultura general de aquellas alumnas que no desearan en un futuro hacerse maestras. Por otro lado, respecto a los conocimientos de Economía Doméstica debían sumarse las clases de lavado, planchado y arte culinario.

Si en muchas provincias españolas se habían creado Escuelas Normales de Maestras con el objeto de que las jóvenes no tuvieran que abandonar su casa para seguir una carrera, al crearlas sólo elementales dejaron la obra incompleta porque muchas jóvenes que deseaban obtener el Título Superior tenían que trasladarse a otra localidad y cursar estudios en otra Escuela durante dos años más. Todo ello suponía, por un lado, quebranto en el orden material y, por otro, ruptura en la estructura organizativa del programa cíclico de estudios tanto de materias como de métodos. El orden cíclico de las enseñanzas que por aquel entonces se impartían en las Escuelas Normales no sólo había desaparecido sino que además el número de clases alternas también había aumentado y la totalidad del programa a cursar pecaba de exagerado y de irrisorio. *Ese fárrago de materias y número extraordinario de clases* no repercutían de forma positiva en la calidad de instrucción tanto intelectual como moral de las futuras maestras. Se necesitaba, por otro lado, una metodología activa y el ejercicio puntual de prácticas de enseñanza para poder adquirir esa *aptitud pedagógica*, tan imprescindible como necesaria. Pero qué lejos estaban nuestras Escuelas Normales de esa concepción educativa pues desde la clase de Pedagogía no era suficiente que se expusieran doctrinas pedagógicas sino que la alumna de prácticas y futura maestra debía relacionar lo aprendido con la realidad. Por consiguiente, de los tres cursos de Pedagogía pertenecientes al Grado Elemental, cuando menos uno de ellos debía estar orientado exclusivamente a la metodología especial alternando así la teoría de cada uno de los métodos particulares con la práctica o aplicación de los principios o enunciados y todo ello bajo la dirección del Profesor/a de Pedagogía. Todo sentimiento que no se acompañara del calor suficiente para avivar esa idea necesaria o iniciativa volcada a concretar una mejor labor pedagógica-pensaría M. Carbonell- se veía abocado a no formar personas con iniciativa y entusiasmo sino con mucha palabrería y con pocas obras fecundas. La Pedagogía tal como se estaba impartiendo en las Escuelas Normales se había convertido en un cuerpo sin alma que únicamente fomentaba el intelectualismo oponiéndose al verdadero sentir y voluntad humana. Si, por el contrario, la

educación y la enseñanza mejoraban se contribuía de este modo *al engrandecimiento, prosperidad moral y material de la patria*, ideario plausible del *regeneracionismo educativo*

Otra de las reformas necesarias y de la que igualmente era consciente María Carbonell se decantaba por la igualdad de categoría y régimen de todas las Escuelas Normales y la supresión de aquéllas otras que contasen con menos de treinta alumnas por término medio en su matrícula total si eran elementales y con cincuenta si eran superiores, pues era preferible que hubiese pocos centros que estuviesen concurridos y bien organizados a que hubiese muchos pero inútiles y faltos de vitalidad. Las Escuelas Normales debían ser centros de vida próspera y fecunda; centros de cultura idóneos para la mujer. Tampoco era partidaria de que siguiesen existiendo dos títulos- Elemental y Superior de Maestros- sino que ambos debían ser sustituidos por uno sólo- "*Maestro o Maestra de Instrucción Primaria*"-, restableciendo eso sí el Título de Normalista para la habilitación y ejercicio de la Cátedra de Pedagogía. Había que añadir, además, la peculiaridad de que en la mayoría de las Escuelas Elementales de Niñas, las maestras que impartían enseñanza poseían el Título Superior aún cuando el sueldo a percibir fuese insignificante porque éste estaba estipulado en virtud del lugar o población donde se hallase ubicada la escuela: Por tanto, no había razón alguna para que se siguiera manteniendo el Título Elemental o Superior, dos categorías de Maestros/as, cuando todo el mundo podía gozar de la misma titulación y categoría única, la de ser Maestro o Maestra de Enseñanza Primaria.

La intervención social desde el *higienismo* será otra de las posturas que María Carbonell sostendrá a lo largo de su trayectoria profesional así como su preocupación por el estado deplorable en el que se encontraban la mayoría de los locales de enseñanza donde se impartían diferentes niveles de enseñanza. Si ya los locales de las Escuelas de Primera Enseñanza no reunían las condiciones de salubridad necesarias, la mayoría de las Escuelas Normales españolas mostraban un estado deplorable. Con motivo de una visita que el Ministro de Instrucción, Conde de Romanones, hizo a la Escuela Normal de Valencia y a las palabras que éste manifestara sobre el local de la Escuela Normal de Maestras aduciendo que no era de los peores que había en España, María Carbonell le responderá en un artículo suyo con estas palabras: (...) "*Pues bien, en este edificio que es de los mejores, tienen las alumnas (que hoy son más de 300) como sitio apropiado para desentumecer sus miembros entre clase y clase, orearse un poco y cambiar de aire, un corredor largo y estrecho en donde para que unas circulen por dentro se han de apartar otras, colocándose junto a las paredes*". Y seguirá manifestando: (...) *Hay clase que contiene 100 alumnas y tiene 234 metros cúbicos correspondiendo a cada alumna 2.34 metros cúbicos de aire sobado y lanzado de unos a otros pulmones. En la clase más amplia no llega a 4 metros cúbicos de aire lo que corresponde a cada alumna. (...) Nuestras pobres alumnas no se pueden mover*". A las medidas poco higiénicas del local de la Normal de Valencia se le sumaba también un Plan de Estudios donde el ejercicio físico no figuraba por ninguna parte. María Carbonell lamentaría que al no estar reglado el ejercicio físico en el Plan de Estudios de las alumnas normalistas no podía establecerse el equilibrio necesario que sirviera de contrapeso a la exagerada actividad mental a la que se veían obligadas las mismas. El Profesorado de la Normal tampoco se preocupaba gran cosa del ejercicio físico de las alumnas pues hasta las excursiones y paseos escolares se miraban con prevención pensando en posibles riesgos y responsabilidades; tampoco la Administración ponía gran celo para que se verificasen. Sólo los reglamentos se limitaban a recomendar dichas actividades y el resultado final es que no se hacían y se privaba a las alumnas del único ejercicio físico regular que podía atender a su desarrollo mental y corporal. De estos descuidos y de sus evidentes consecuencias deja constancia por escrito María Carbonell: (...) *se origina la fatiga..., la cabeza pesada, el cerebro dolorido, la tez pálida, la piel ardiente, la mirada febril y la pérdida del apetito*. Muchachas que ingresaban en la Normal a los catorce años con la tez sonrosada se veían a los dos o tres años de estudio, agotadas y marchitas, atacadas de anemia y, a veces, en el camino de la tuberculosis. Era conveniente que en el marco de la reforma se tuviese en cuenta la necesidad de prescribir dos sesiones semanales de ejercicio físico como obligatorias en el programa de estudios así como convenía también que los paseos y excursiones se impusieran por mandato, consignando siempre una cantidad prudente según las necesidades de cada escuela y obligando a cada profesor/a que verificase, al menos, dos al año. A la *escuela-cárcel* debía oponerse *la escuela*



*al aire libre*; al ejercicio intelectual, la alternativa con el paseo y la excursión; al sedentarismo, la actividad. María Carbonell se convertirá no sólo así en una defensora acérrima de los juegos al aire libre sino en la precursora de llevar la *enseñanza física* a los programas educativos de las Escuelas de Primera Enseñanza como forma de fortalecer, los alumnos, sus músculos y activar la función de la respiración indispensable para el buen funcionamiento del organismo. Su participación y colaboración en el desarrollo de las *colonias escolares* son una muestra más de ese interés para que las medidas profilácticas de prevención contra la tuberculosis, el raquitismo o el escrofulismo, enfermedades de gran incidencia sobre la población infantil, tuvieran un efecto más positivo así como también todas aquéllas otras que redundaran en una educación compensatoria de carácter más socioeducativo y ambiental.

He aquí, pues, el ejemplo de una mujer que supo vencer las barreras culturales de su tiempo. Una mujer activa e independiente que le gustaba *enseñar y formar* llegando con su palabra y pluma a cualquier estatus social, poniendo de manifiesto la necesidad imperante de que la mujer necesitaba tener una buena formación cultural en pro de ese progreso común que tenía ésta no sólo como madre y esposa sino como formadora. María Carbonell representa, ante todo, ese prototipo de mujer intelectual que busca el perfeccionamiento humano no en aras de un beneficio personal sino social. La base de ese perfeccionamiento se construirá bajo una perspectiva ética y moral que buscará la equidad y la justicia en el reconocimiento social y cultural de la mujer como persona de derecho, calificándola, además, como el adalid necesario para educar y regenerar a esas generaciones futuras que aspiraran al ideal de perfección y progreso. ●

#### Bibliografía

- CARBONELL SÁNCHEZ, María: "De la reorganización de las Escuelas Normales", en la revista pedagógica, *La Escuela Moderna*, enero de 1903, nº 142.
- CARBONELL SÁNCHEZ, María: "La higiene en las Escuelas Normales", en la revista pedagógica, *La Escuela Moderna*, enero de 1912, nº 245.
- CARBONELL SÁNCHEZ, María: "La tuberculosis en las Escuelas" en la revista pedagógica, *La Escuela Moderna*, noviembre de 1912, nº 255.
- CARBONELL SÁNCHEZ, María: "Excursiones escolares" en la revista pedagógica *La Escuela Moderna*, enero de 1909, nº 209.
- CARBONELL SÁNCHEZ, María: "Educación femenina" en la revista pedagógica *La Escuela Moderna*, mayo 1917, nº 309.